

y *El caballo muerto* de Baudelaire, reaccionario tenaz y convencido contra el espíritu de sus antecesores, no se habrían escrito a no haber existido antes la temeraria innovación de los románticos. Solamente que Baudelaire es romántico invertido.

Durante la guerra de 1914, los soldados, en su vida de cavernícolas, los estados mayores, la prensa de cien ojos y de muchas lenguas, inventaron eufemismos para consolarse a sí mismos y para consolar a las gentes de su penosa y lamentable situación, no sin ocultar a medias la malignidad de los tiempos. Un general atacado en sus posiciones de improvisado, por fuerzas mayores y obligado a abandonarlas con alguna precipitación después de recio combate, se consolaba de su desventura informando al estado mayor que, como resultado del combate, había perdido contacto con el enemigo. Me viene a la memoria el útil eufemismo de una época luctuosa, para prevenir a las nuevas generaciones literarias contra la creencia errónea y aparentemente muy arraigada en ellas, de que han perdido contacto con el romanticismo. El romanticismo forma ya una parte del espíritu humano. Si se pudiera estudiar el cerebro del hombre, como se analizan las diversas capas de un corte geológico, el observador distinguiría tres marcadas estratificaciones en la masa encefálica del hombre moderno: la región del hombre de la naturaleza, del pagano que vive y se agita en nosotros, al través de los siglos; el estrato cristiano permanente, sacudido en partes, como los terrenos volcánicos, y como ellos resistente y feraz y por encima de estas capas sólidas y milenarias, el aluvión romántico, de formación reciente, entrecortado, desigual, susceptible de cambios, de hundimientos, de grandes soluciones de continuidad, pero nuevo siempre y lleno de los gérmenes del futuro.

RESPUESTA A BALDOMERO SANIN CANO

Por LAUREANO GARCÍA ORTIZ

Señores académicos, señoras y señores, ilustre y querido colega:

Esta hija mayor americana de la antigua Real Academia Española, inscribe hoy con regocijo en sus anales vuestro claro nombre, entre otros que sonaron o suenan eminentes en el dilatado imperio—en el tiempo y en el espacio— de la lengua castellana.

Debe repetirse, porque todo se olvida: la primera Academia de la Lengua, filial de la Española, en la América Latina, fue la Colombiana, en virtud del mensaje maternal que de allá trajo nuestro noble e inolvidable don José María Vergara y Vergara. En España encontraron entonces, y en los tiempos posteriores pudieron confirmarlo, que aquel Nuevo Reino de Granada, después República de Colombia, era suelo propicio para el buen lenguaje, para el cultivo de las bellas letras y para las soberanas labores del espíritu; que para tales

años, en tan venturoso ambiente, se habían formado auténticos maestros, en el hablar y en el pensar, que se citaban ya como autoridades en el antiguo solar de la raza, en la vieja e histórica metrópoli y en los jóvenes países, latinos y hermanos, del continente de Colón.

La savia que nutrió esos cerebros y desató esas lenguas no se ha agotado en Colombia, y por ello os sentís bien hallado, como en vuestro propio y señalado asiento, en este mismo recinto espiritual donde respiraron y se oyó la voz de más de treinta preclaros varones que ya no viven.

A formar parte de esta compañía de espíritus ya desencarnados pero presentes, y de espíritus todavía encarnados pero prestos para lo otro, os trajeron, maestro, únicamente vuestras dotes, vuestras capacidades y vuestro saber. Esas cosas vuestras, y solamente vuestras, son las únicas responsables del trance en que os halláis. Echarle la culpa de ello a supuestos agentes insignificantes, como habéis querido darlo a entender, es de una clamorosa inexactitud y no os acredita como historiador escrupuloso y severo. Sabéis decir esas cosas en vuestro lenguaje original y castizo, que justifica una vez más vuestra elección para esta Academia de la Lengua; pero vuestra candidatura para la Academia de la Historia sufrirá con ello irreparable desprestigio.

Miembro nato de la Academia Colombiana de la Lengua fuisteis designado por decreto nominativo de vuestro destino manifiesto. Siendo yo, como vos, liberal de Rionegro, habría podido decir con mayor propiedad y convicción: por decreto nominativo de la Providencia.

¡Y cómo podría ser posible que no fuerais académico de la Lengua si conocéis la mayor parte de las lenguas cultas, y quizás parte de las incultas, porque alguna vez os oí, en charla privada, una erudita disertación sobre el idioma de los chibchas, desde el punto de vista de la gramática comparada de los dialectos americanos! Debo declarar que nunca me hallé en capacidad de verificar lo exacto o lo arbitrario de vuestros conceptos, y me atrevo a pensar que lo propio les ocurrió a vuestros otros atentos auditores de ese día.

Está comprobado, y es de notoriedad pública, no sólo entre vuestros compatriotas sino a larga distancia de Colombia, vuestro singular conocimiento de diez lenguas, que yo puedo a ciencia cierta enumerar, fuera de otras clandestinas que ocultáis con esmero. Y las conocéis, no como las conocen los *maitres* de los grandes hoteles cosmopolitas, ni los agentes viajeros, ni los intérpretes de congresos internacionales, sino en sus orígenes, en su evolución histórica y comparativa, en su índole idiomática y en su literatura.

Por eso, cuatro generaciones se han sucedido en Colombia llamándoos *maestro* con admiración y cariño, con la condición muy reveladora de que quienes os quieren, igualmente os admiran, y quienes no os quieren (quizás vuestras víctimas literarias), os admiran también.

Pero acabo de soltar una especie que puede ser considerada por el público como aventurada y por vos como temeraria; y yo, como

aficionado a la historia, debo tratar de comprobarla. Acabo de afirmar que cuatro generaciones sucesivas de colombianos os han llamado maestro. Voy a contarlas, refiriéndome a mi caso personal:

1^o La generación de mis hermanos mayores, mucho mayores, y que fueron vuestros condiscípulos.

2^a La generación mía y la de nuestros amigos comunes, que lo fueron vuestros a pesar de la diferencia de edades, y que se llamaron: José Asunción Silva, Diego Mendoza, José Camacho Carrizosa, Carlos Arturo Torres, Diego Uribe, Evaristo Rivas Groot y Pedro Plata Uribe; y los que se siguen llamando, por fortuna para Colombia, para vos y para mí, Antonio Gómez Restrepo, Emilio Cuervo Márquez, Fortunato Pereira Gamba y Daniel Arias Argáez.

3^a La generación de mis hijos; y

4^a La generación de mis nietos.

Cuenta cabal.

Vuelvo la cara al público para explicarle que en este punto histórico, relativo a la fecha de su nacimiento, el maestro Sanín Cano quiso por mucho tiempo mantener cierta oscuridad, cierta ambigüedad, para lo cual le vino de perilla el haber venido a Bogotá ya hecho un hombre y procedente de Rionegro. Venir de Rionegro, en aquel tiempo, era lo mismo que venir de Jerusalén: imposible, impracticable verificar cualquier aserción o sugestión de quien de allá viniera. Ya se vio entonces que no se podía aclarar aquí, para efectos de una ley, si Córdoba, el héroe de Ayacucho, había nacido en Rionegro, a pesar de que allí, en marco y con vidrio, se encontraba la nota auténtica y autógrafa del héroe, con la que envió la corona de oro que el Libertador y Sucre pusieron en sus sienes, y en la que llamó a Rionegro "la ciudad en que nació, pueblo adorado de mi alma".

Asimismo, la edad del maestro Sanín estaba envuelta en las mismas incertidumbres. El les insinuó a sus amigos y a los míos que yo era su condiscípulo, lo que por lo pronto parecía honrarme mucho, mas luego se verá el maligno intento de tal sugestión. Para entonces el maestro gozaba de una entera y abundante cabellera oscura y, anticipándose en muchos años a la moda masculina actual, no usaba barba y mostraba su faz tersa y fresca. Como buen rionegrero, usaba el baño diario, gustaba del ejercicio físico y era, como es ahora, viva demostración de lo que puede la higiene para la conservación del individuo; vestía bien, sencillamente y sin remilgos. Con todo ello lograba disminuir su edad en bastantes años y aproximarse a la mía. Sólo de un año para acá resolvió abandonar su última trinchera, ya insostenible. Primeramente porque, no siendo su constitución ni su herencia propensas a encanecer antes de tiempo, vio el resto de su cabellera convertido ya en aureola de blancura inmaculada, merecida corona de una larga vida de virtudes, mientras que la mía se obstinaba en demostrar todavía que no era químicamente negra. Luego, Rionegro no dista ya de Bogotá quince jornadas mulares; hoy

se puede ir a almorzar a Rionegro y regresar a tomar té en Bogotá, lo que ha permitido a discípulos fanáticos traer la fe de bautismo auténtica del maestro. Por último, con ocasión de un reciente y simpático homenaje que le rindieron algunos de sus admiradores, que son innumerables dentro y fuera del país, hubo ya de confesar él mismo sus tres cuartos de siglo; y al verle aún joven, sano, ágil de cuerpo y de alma, alegre y clarividente, Colombia se exalta y goza, y yo le he perdonado todo lo que me hizo sufrir en esa cruel apuesta, en la cual él tenía tantas ventajas engañosas; y lo he perdonado, a pesar de que su pertinacia y su inquina fueron tantas, que alguna vez intentó hacerme pasar por mi tío Laureano García Montoya, antiguo magistrado y hermano mayor de mi padre. Para abandonar este tema de la edad, tan desagradable, que no se toca nunca entre gentes distinguidas y hombres de mundo, debo declarar que mi empeño nunca fue el de establecer nítidamente mi juventud verdadera ante la aparente del maestro Sanín, porque en ese entonces, cuando se inició la querrela, yo quería más bien aumentar (¡dichosa edad!) que disminuir mis años. Lo que me exacerbaba era otra cosa: era que yo en las escuelas y colegios no había sido nunca un mal estudiante, ni mediano tampoco: había figurado siempre entre los mejores, y al ser condiscípulo de Sanín Cano habría ocupado yo un puesto tan secundario e inferior, que todo mi orgullo juvenil se rebelaba contra la sola suposición de aquéllo, de lo cual me había escapado por favor del cielo, por haber nacido mucho más tarde que mi ilustre conterráneo.

Cuando en ocasión como la presente se me concedió la honra de ser recibido en este benemérito instituto, hube de explicar el hecho extraño de haber transcurrido trece años entre mi elección y mi recepción. Al excusar tal tardanza, que nunca pudo ser atribuida a desdén o descortesía, expresé como uno de sus motivos la inquietud que oscurecía mi contento, de que otros colombianos, notoriamente más señalados y mejor provistos, no hubieran sido llamados todavía, y de aparecer yo como forzando una puerta que hubiera debido abrirse ya de par en par ante mis mayores en edad, en capacidad y en merecimientos. Al pensar en ello tenía presente, entre otras, vuestra imagen y la de Antonio José Restrepo. Triste consuelo ha sido que el incomparable Restrepo hubiera alcanzado a recibir en el extranjero, antes de morir, la noticia de su elección unánime para el sillón de Emiliano Isaza, y que en ultratumba haya oído su elogio, único de su agrado, por el casticismo y buen gusto que puso en ello el talento fino de su sucesor, Guzmán Esponda.

En cuanto a vos, por ventura y para contento nuestro, hados favorables os trajeron al fin sano y salvo a nuestro seno. Empero, quien penetra a toda comunidad humana, sea orden monástica, o logia, o academia, debe aprestarse a sufrir pruebas ineludibles. Las masónicas parece que son ilusorias; pero las académicas son reales. Ninguna tan dura y efectiva como la que estáis sufriendo en este instante por tocarme a mí recibiros, lo que ya muestra que los hados han dejado de seros favorables. Yo esperaba siempre, para resolverme a penetrar

aquí, alcanzar a ver en su sillón la figura cervantesca de Antonio José Restrepo y a su lado la vuestra verleniana. Al deciros que vuestro físico, o más bien, la contextura y expresión de vuestro cráneo y de vuestra faz, y sólo eso, despierta el recuerdo de Paul Verlaine, quizá pueda chocar ello con el concepto que vuestro amor propio se haya formado sobre vuestro personal aspecto. Os pido perdón en el caso de que no encontréis satisfactoria y lisonjera tal semejanza. Nadie conoce su figura verdadera y menos la impresión que ella causa en los otros. Yo mismo, ¡pobre de mí!, en mi juventud muy lejana (os lo concedo), abrigaba en mi mente pecadora que yo me parecía a Enrique Villar, el más arrogante y gallardo buen mozo de mi generación, prototipo de la elegancia bogotana y primo hermano de José Asunción Silva. A pesar de inspecciones detenidas ante el espejo, no siempre tranquilizadoras, y a pesar de ciertas decepciones que no debo recordar, mi deseo, más bien que mi convicción, se mantenía bastante firme. Aquello duró hasta el día en que un periodista muy inteligente, bien conocido en Colombia y en el Perú, en una crónica escrita en Nueva York y publicada aquí, decía que en los Estados Unidos habían recibido con entusiasmo al insigne historiador italiano Guillermo Ferrero, y que para dar idea de su aspecto a los lectores de Bogotá, apuntaba que se parecía mucho a don Laureano García Ortiz, y, textualmente: "Hagan de cuenta, la misma cara encanijada y despacible, el mismo descuido en el vestir." El choque que sufrí fue violento; yo quise saber la verdad que mi ilusión desfiguraba, que mi espejo embustero disfrazaba, y una persona que me quería con toda su alma me confirmó la terrible noticia. El cronista estaba en lo cierto. ¡Y yo que me creía un Apolo! ¡Y a mí, que me vestían en Londres los sastres de Domingo Esguerra, un árbitro de la elegancia! Como dice un dístico que fue popular,

quien vive de ilusión al fin despierta,
la faz transida y la esperanza muerta.

Yo no creo que vuestro caso sea el mismo ni semejante, porque Verlaine es mucho menos feo que Sócrates, y que Voltaire, y que Mirabeau, y por otra parte, vos estáis por encima del bien y del mal.

Eso de los parecidos físicos no se puede tomar muy a lo serio. Es así que yo tengo un retrato de Bismarck, el canciller de hierro, que puede pasar por un retrato de don Pepe Sierra. Las mismas mandíbulas poderosas de *bull-dog*, que no sueltan lo que agarran; las mismas narices cortas y gruesas, no hechas para percibir hálitos suaves y perfumados sino para olfatear los barruntos de la presa, de la presa política o de la presa financiera; las mismas fuertes arcadas orbitales, de cejas espesas y enmarañadas, para abrigar y disimular la mirada de buitres; no la frente amplia y luminosa de Pascal y de Goethe, no la frente serena de Napolón ni la atormentada de Bolívar, sino una frente concentrada, tenaz y dura. En Bismarck y en don Pepe Sierra predominan los signos de la voluntad, de la voluntad especializada, de un sólo objetivo. Y ciertamente que don Pepe Sie-

rra, para acumular una riqueza mayor de diez millones de dólares, en la Colombia de 1880 a 1920, país entonces de pobreza franciscana, no descubriendo nuevas fuentes de producción ni creando nuevas industrias, sino sacando de apuros del momento a gobiernos paupérrimos y ordeñando zancudos; defendiéndose al propio tiempo de los caballeros de industria, de los tinterillos y de los menesterosos, hubo necesidad de una voluntad concentrada, limitada, incesante, sin tregua y sin reposo, superior o equivalente a la aplicada por Bismarck en la formación de la unidad alemana y en el establecimiento de la hegemonía en Europa del imperio germánico. Pero sólo hasta aquí puede adelantarse el paralelo, porque Bismarck tenía en su mente todo el esquema internacional del mundo, y conocía y hacía funcionar todos los resortes de la política interna del imperio; era un escritor incisivo e hizo discursos memorables en la historia de su siglo; conoció los secretos de la más fina y sutil de las diplomacias y gozó de estrechas vinculaciones universitarias; frecuentaba la conversación nutritiva y espiritual y sabía apreciar las obras maestras de la pintura y de la música; mientras que don Pepe Sierra jamás supo, jamás sospechó siquiera, que existiera uno tan sólo de esos horizontes del alma bismarkiana. De tal manera que, fuera del parecido físico y de la fuerza concentrada de la voluntad, don Pepe Sierra se parecía tanto a Bismarck como yo a Guillermo Ferrero, el extraordinario historiador de la decadencia de Roma. No nos dejemos ilusionar, pues, de mentirosas apariencias.

Habiendo aceptado y habiendo principiado a ejercer el cargo de verdugo vuestro, debo continuar mi oficio. Y no digo verdugo del concurso tan distinguido y discreto que llena este recinto, porque lo considero como mero espectador del suplicio, pues bien sabido es que la humanidad siempre ha gustado de presenciar martirios y ejecuciones capitales, y ella sabrá por qué, y esta elegante concurrencia sabía bien a qué venía. De que tal es la afición humana me sacarán verdadero los romanos del imperio, que iban al anfiteatro a contemplar cómo las fieras devoraban los cristianos para contentamiento del pueblo y diversión del César. Me sacarán verdadero los cristianos españoles, que a su turno iban a los autos de fe a recrearse en ver cómo el fuego devoraba vivas a las brujas, a los judíos y a los herejes, y eso dizque en nombre y a contentamiento del dulce y manso Jesús. Señor de amor. Y me sacarán verdadero los franceses, que iban solícitos y desalados a ver de cerca cómo la guillotina, con rapidez y limpieza, arrojaba a los canastos las cabezas de reyes, príncipes y aristócratas primero, y luego las de los iniciadores y jefes de la misma revolución homicida, y aquéllos y éstos decapitados en nombre de la libertad, y de la libertad de opinar.

Y esa agradabilísima contemplación del suplicio ajeno la he estado palpando aquí. A cada gesto de cansancio, de fastidio, de fatiga vuestra, el público inmisericorde se sonríe, a reserva de no volver a mirar después al ejecutor del suplicio. Los verdugos fueron siempre instrumentos de placer descalificados, colocados siempre fuera de la ley y de la sociedad. ¡Esta cara humanidad tan contradicto-

ria, tan ilógica, pero, en todo caso, mucho más interesante y divertida que los coros angélicos, tan blancos, tan monótonos, tan insípidos y tan consecuentes!

Os suplico, caro maestro Sanín, que me llaméis al orden y a la cuestión, porque si continuó hablando de la edad de las personas, del parecido entre las gentes y del suplicio de las víctimas, las generaciones jóvenes e infantiles que vienen tras de nosotros, que nos atropellan y que parecen querer expulsarnos de la vida, podrían también interrumpir estos esparcimientos llamándolos jocosamente querellas de ancianos.

El respeto por los ancianos era una virtud antigua, prescrita durante cuarenta siglos por los grandes moralistas chinos, indostánicos, egipcios, griegos y romanos, judíos y cristianos, y practicada por los pielesrojas y los caribes. Tal respeto era tributado, no por bondad ni por generosidad, sino por instinto de conservación; porque la humanidad vive de la experiencia capitalizada durante toda su historia, y los ancianos de cada generación son los depositarios y los transmisores de ese capital de experiencia. Si los desconocen y desdeñan, las sociedades van al precipicio por la ceguera presuntuosa de los párvulos. De ordinario los niños, cuando se ponen a travesear con las máquinas complicadas, rompen las piezas, pierden los útiles y en ocasiones se matan. Es preciso saber historia, porque esta es la experiencia acumulada; pero sin viejos no hay historia. Por lo demás, los jóvenes no deben impacientarse demasiado con la carga y el estorbo de los ancianos, porque la muerte nos va eliminando más pronto de lo que ellos mismos esperan... y, más pronto de lo que ellos mismos creen, ellos se convertirán a su turno en ancianos.

Los mozos alentados deben ser guerreros, como Alejandro, Napoleón y Bolívar, que empezaron muy jóvenes; aun cuando los viejos también sirven para eso, díganlo Moltke, Hindenburg, Joffre y Foch. Mas los estadistas siempre deben ser maduros, concienzudos y experimentados: la mejor obra de su vida política la hicieron Thiers, Gladstone y Clemenceau, ya muy ancianos, y los grandes triunfos diplomáticos de Talleyrand, de Disraeli y de Bismarck fueron obras de viejos. Mal negocio hubieran hecho Francia. Inglaterra y Alemania en arrinconarlos como trastos ya inútiles, cuando en sus envejecidos cerebros llevaban el éxito y la victoria para su patria; y es que los frutos exquisitos maduran lentamente, según la opinión de Schopenhauer. Hay un caso excepcional en nuestra propia historia, que yo he exaltado siempre en favor de la juventud: el del general Santander. Su acción predominante, de mando político efectivo, comenzó a la edad de treinta años en 1822; caso que puede repetirse en Colombia, en la época actual, con una juventud enérgica e inteligente.

Las revoluciones desconsideradas y suicidas las hacen siempre jóvenes presuntuosos y elocuentes, como los girondinos o como Krensky; tras de ellos vienen siempre los criminales gananciosos, como Marat y Robespierre, como Lenin y Trotsky; y tras de éstos, como anunciador del desquite, el tirano aplastante: Bonaparte, Mussolini o Hitler. Ya vendrá el de Rusia si no es que en Stalin se está incu-

bando el agente ciego y obligado de la justicia vengadora. Las revoluciones fecundas y perdurables las hicieron siempre la madurez y la prudencia de los discretos, de los callados como Washington. Así la revolución americana del norte es la única de que no tuvieron que arrepentirse sus autores, la única que no se precipitó a excesos y la que erigió la más colosal y sólida estructura política de la historia moderna, de cimientos hondos y de trabazón potente, foco de energía expansiva y refugio de fuertes y débiles, sin la odiosa lucha de clases, en noble aspiración igualitaria y democrática. Así también en Suiza obreros modestos, buscando el equilibrio transaccional, con razas y lenguas y religiones diversas, sin guillotina y sin bombas de dinamita, construyeron una fuerte y tranquila morada de paz y de libertad.

*
* *

Cuando mi honorable y caballero amigo don Alfonso Robledo me hizo saber que se me quería discernir la honra muy señalada de presentar en nombre de la Academia al maestro Sanín Caño las salutations de estilo en esta gratísima ocasión, yo me hallaba del todo embargado por labores técnicas en el congreso nacional de cafeteros, que prolongó sus sesiones hasta el fin de la semana pasada, y por designación especial de ese congreso hube de componer el discurso de clausura que resumía sus trabajos. Tal discurso versa sobre cosas reales y prácticas, y tratándose de nuestro principal fruto de exportación, seguramente ha sido leído y releído por gente seria y formal; mientras que el presente (si discurso puede llamarse un palique desarticulado como el que voy adelantando), confeccionado en cuatro días, no tendrá lectores a causa de su notoria superficialidad; pero ello constituirá una verdadera superioridad sobre aquel otro, pues según parece, el mejor discurso es el que nadie lee.

Al pensar que con tan pocos días de intermedio me haya caído en suerte el discurso de clausura del congreso cafetero y esta charla que no tiene de académica sino el lugar y la ocasión, viene a las mientes el paso con que se abre el delicioso libro de Anatole France. El bibliófilo académico Silvestre Bonnard entra de la calle nevosa a su biblioteca tibia, y poniéndose la bata y los pantuflos endereza a su gato, que dormía perezoso en una mullida piel ante la chimenea, una presuntuosa perorata, con entonación homérica, llena de alusiones literarias y de evocaciones de la historia y de la fábula. El gato, molesto por el ruido, con la frente arrugada, refunfuñando dice: este señor de los libros habla mucho, con palabras huecas que nada significan. Podría aprender de nuestra ama de llaves, que nunca abre la boca sino para decir cosas llenas de sentido y sustancia, como "el almuerzo está servido". Dentro de una semana me ha tocado desempeñar doble papel: aquí el del viejo bibliófilo perorador; allá el de la vieja ama de llaves.

*
* *

Elemento de juicio indispensable en la apreciación de la persona y la obra de Baldomero Sanín Cano, es el conocimiento del ambiente físico y moral en que apareció y se formó. El maestro nació en la ciudad de Rionegro, el Rionegro de Antioquia, vieja y noble ciudad en la que se fundieron políticamente dos poblaciones: la legendaria Santiago de Arma y el floreciente Real de Minas San Nicolás de Rionegro. De San Nicolás no se sabe quién lo fundó, ni la fecha de su fundación. Su nacimiento se pierde en la noche de los tiempos, como el de no pocas ciudades ilustres del viejo y del nuevo mundo. Sus ricos archivos históricos los destruyó el fuego en 1819. Sólo quedan libros curiales de 1663 en adelante. Arma fue fundada por Miguel Muñoz, capitán al servicio de Belalcázar, en 1542; ciudad de vida atormentada y heroica, atacada siempre por los bravos indios circundantes hasta que fue incorporada a San Nicolás en 1783, trasladándose los archivos y la imagen de la patrona Nuestra Señora de Arma. Singular y venturosa alianza del ánimo combativo y de la actividad trabajadora; profético símbolo del Rionegro creador de gloria con José María Córdoba y creador de riqueza con Francisco Montoya. Debo apuntar otra peregrina ocurrencia que viene a cuento al nombrar a Nuestra Señora de Santiago de Arma, patrona de Rionegro. Santiago es el símbolo de las virtudes guerreras de la raza española; "¡Santiago y cierra España!" fue siempre el grito de combate en ocho siglos de lidia sin tregua contra los moros, en el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, en las batallas de españoles contra franceses de las guerras napoleónicas, y en los combates de la independencia americana. A Nuestra Señora de Arma se la ha apellidado "ilustre capitana, gran guerrera". Su fiesta es el día 8 de septiembre, y en tal día nació en Rionegro el prototipo de nuestros capitanes, de nuestros guerreros, quien, al decidir la batalla de Pichincha, selló la independencia del Ecuador, y quien, al coronar la victoria de Ayacucho, selló la independencia del Perú y la libertad de la América Latina. "Chuscas coincidencias", diría uno de nuestros adorables *glaxos*.

Don Cayetano Buelta Lorenzana, el anticuario, no el gobernador, le decía en 1853 al doctor Manuel Uribe Angel: "A fines del siglo anterior (xviii) y en los primeros años del presente (xix), el progreso de Rionegro fue rapidísimo, por haberse establecido allí ricas y distinguidas familias de varios puntos de la provincia y de otras del Nuevo Reino de Granada. El territorio que entonces abrazaba la ciudad, como se la llamó siempre con orgullo para distinguirla de las entonces villas de Marinilla y Medellín, era extensísimo y capaz de contener una provincia entera. . . Se sabe que la erección de Marinilla en parroquia ocurrió en 31 de enero de 1752, y que para verificarla hubo necesidad de desmembrar en parte el territorio de Rionegro, del cual Marinilla hasta entonces era viceparroquia."

Igualmente, hasta bastante adelantado el siglo xix, el hoy municipio de Concepción era apenas sitio o partido de Rionegro.

En el escudo de armas de la muy noble y muy leal ciudad de Rionegro, figura un león con un collar de oro del cual penden las armas reales de España.

"Parece que el nombre de Rionegro, dice Uribe Angel, se lo dio don Alvaro de Mendoza, teniente del conquistador mariscal Jorge Robledo, atendida la mansedumbre de sus corrientes, la penumbra arrojada sobre las aguas por la selva, y el aspecto oscuro y sombrío que de ello había de resultar."

Ciertas condiciones físicas hacen del valle de Rionegro un delicioso habitáculo humano. Un clima sin par, incomparable, en concepto de geógrafos y viajeros, resultante del concurso de factores afortunados. Clima singular en el trópico, un temperamento medio, que a la larga no es debilitante ni enervante, sino tónico y estimulante, que da bellos colores a la juventud y donde venían a reponerse los enfermos y a fortalecerse los convalecientes de Medellín y Antioquia. Altura sobre el nivel del mar, 2.150 metros. Temperatura media, 17 grados centígrados, sin cambios bruscos, sin humedad ambiente, debido al subsuelo de cascajo permeable, al fácil y natural desagüe y al régimen de los vientos. Una elegante colina, en media luna, resguarda la ciudad por el norte y el occidente, abriéndose el valle al oriente y al sur, lo que permite que los primeros rayos del sol matinal penetren y vivifiquen desde muy temprano el último rincón de la ciudad, y la higiénica ventilación nunca tormentosa de ese ambiente sosegado.

Ese valle idílico, recorrido en amplias curvas por un río puro, hondo y tranquilo, valle que nuestros mismos antepasados jamás soñaron tan bello, por no haberlo contemplado nunca en su conjunto, no diré ya a vuelo de pájaro, sino a vuelo de hombre, como hoy es fácil admirarlo. Y ese río, vía antigua de penetración a Antioquia, que más abajo, ya navegable, lleva el nombre de Nare, aporta su notable contingente al Magdalena manteniendo durante millas la claridad de sus aguas sin mezclarlas con las turbias, de origen tan remoto, de nuestro gran río. Y aquel río familiar y querido recibe tributos de sus afluentes en el contorno de Rionegro: el río Pereira, el de Cimarronas, la Quebrada del Pueblo y una decena más. Aguas clarísimas las de estos afluentes, que transparentan las guijas limpias de su fondo; los niños de otras partes que van a Rionegro, recogen encantados en esos lechos cuarzos blancos y lisos como huevos de ave, pórfidos verdes y sienitas azules.

Y después de las aguas, las flores. Por mucho tiempo Rionegro fue el jardín de Antioquia. Era de verse en el antiguo camino de herradura que unía a la ciudad con Medellín, el desfile de las cargueras, mujeres que llevaban a la espalda enormes canastos repletos de flores, especialmente de camelias.

Uno de los agrados de Rionegro son los paseos por los caminos comunales, por los senderos campestres, bordeados de extraordinaria variedad de árboles y plantas silvestres; entre aquéllos, formando alamedas primaverales perpetuas, el *sietecueros* o flor de mayo y el marabollo; entre éstas, helechos variados y orquídeas singulares.

Es preciso leer la descripción de la riquísima flora de Rionegro hecha por una competencia científica como la del doctor Manuel Uribe Angel, que no fue rionegrero, y que llega a decir: "Rionegro es uno de los pueblos en que las flores se producen con mayor profusión y lozanía. La mayor parte de las casas tienen jardín, lo que, a más de ser sumamente grato a la vista y mantener aromatizado el ambiente que se respira, contribuye, según nuestro modo de ver, a dulcificar los modales, a intimar las relaciones, a pulir las costumbres y a mejorar el clima; porque es preciso que se sepa que esta ciudad y la de Antioquia son el centro vivo de la cortesía y de la urbanidad elegante, al mismo tiempo que de la más franca hospitalidad." ¡Ese aire ligero, ese aliento perfumado de Rionegro, que una vez sentido no se olvida nunca!

Después del clima, de las aguas y de las flores, miremos los hombres. Se ha hecho muchas veces la lista impresionante de los claros varones que Rionegro dio a Colombia, desde los albores de la nacionalidad, lista quizás sólo superable por las de Bogotá y Popayán. Sería inútil repetirla, pero puede recordarse en escritos de los doctores Manuel Uribe Angel, Teodomiro Llano, Antonio José Restrepo, Emilio Robledo y Roberto Botero Saldarriaga, de don Manuel García Ortiz y de muchos otros. Pero, prescindiendo de individualidades ilustres, registradas en la historia, es lo cierto que hay algo característico en el rionegrero nativo y genuino. El doctor Uribe Angel dice por ahí: "Los habitantes de Rionegro se han distinguido siempre por su acrisolado patriotismo, por su profundo amor al lugar de su nacimiento, por el calor y firmeza con que defienden sus opiniones políticas, por su clara inteligencia, por su aptitud para los negocios mercantiles y por la robustez de su organización. Ha sido este lugar semillero fecundo de hombres útiles para la patria."

En un círculo intelectual bogotano se hablaba una noche de las grandes virtudes y notorias cualidades de la raza antioqueña, pero al propio tiempo se hacían notar sus fallas o defectos correlativos. Alguien exponía: el antioqueño es muy independiente e individualista, pero eso lo lleva con frecuencia a confinar con el egoísmo; es muy empresario, pero eso lo hace absorbente; cuando es económico se aproxima a la avaricia; cuando es muy franco y sincero, carece de tacto; cuando quiere hacerse amable, le falta distinción; cuando le sobra generosidad, le falta delicadeza. En una palabra, como es una raza muy fuerte, todo en ella se acentúa; carece del sentido de las proporciones, de la noción del equilibrio, no siente los matices. A todo eso respondió el contrincante citando tres o cuatro nombres de antioqueños conocidos en Bogotá, a quienes no cobijaban sus apuntes y reservas. Un ingenio muy fino, santafereño de pura sangre, a quien no nombro aquí para no ponerlo en berlina ante tres millones de antioqueños, interrumpió al preopinante arguyéndole: "Los cuatro nombres que usted cita no son de antioqueños sino de rionegreros. Rionegro es una isla rodeada de antioqueños." Esta salida espiritual no se puede aceptar ya; pero sí indica que hay rasgos genuinamente rionegreros, que los extraños advierten y anotan. Ello pudo ser exac-

to en tiempos pasados, cuando la cultura de Rionegro, comparativamente, era mayor que hoy en día, y cuando la cultura del resto de la provincia o del estado, a excepción de la ciudad de Antioquia, era inferior en mucho a la actual.

En verdad, desde los primeros años de la vida nacional Rionegro fue un centro irradiante de cultura. Dígalo el gran sabio Boussingault, uno de los mayores del siglo XIX, quien en 1825 encontró mayor refinamiento de vida en Rionegro que en Santafé de Bogotá. En sus *Memorias* (tomo IV, páginas 99 y siguientes), dice: "Encontré en Rionegro, en una población de 12.000 habitantes, los recursos de que había estado privado antes. Había vidrios en las ventanas, dormía en una verdadera cama, en mi mesa encontraba los diarios franceses e ingleses. Cada día se servían tres buenas comidas, con vinos de Burdeos y vinos de España. Las señoras que veíamos paseando despreocupadamente en las calles, iban vestidas con distinción."

Agrega adelante, página 102: "Hube de dejar las delicias de Rionegro, para inspeccionar el norte de la provincia."

Dígalo don Carlos Segismundo de Greiff, de la más alta nobleza de Suecia, que vivió en Rionegro en actividades mineras de suma importancia y cuyos descendientes honran a la república. Dígalo el doctor Jorge Williamson, médico inglés que vino a Colombia en comisión científica, acompañando al famoso e ilustre ingeniero Roberto Stephenson, y quien, una vez casado en Antioquia, al conocer a Rionegro se radicó allí para siempre, trasladando su fortuna de Inglaterra y viniendo a ser tronco de extensa familia colombiana, uno de cuyos hijos, reliquia carísima, vive aún en Bogotá.

Dígalo Mr. Samuel Bond, un verdadero y erudito *scholar*, amigo de Cuervo y de Caro, pariente político de nuestro único y venerado colega honorario, doctor José Ignacio Escobar, y quien amó a Rionegro como si hubiera sido su hijo dilecto. Dígalo el doctor James Whiteford, otro médico inglés, representante de cuantiosos intereses británicos, que vivió años en Rionegro, y luego, casado en Inglaterra y viviendo en Greenock, bautizaba sus hijos con los nombres de sus amigos de la ciudad antioqueña. Y díganlo el señor Nicholls y el señor Gregory, honorables extranjeros que formaron su hogar en Rionegro, y cuyos apellidos, al través de varias generaciones, siguen pronunciándose con honra.

En Rionegro se formaron el estoico y genial Aranzazu y el más grande, noble y espontáneo de los poetas antioqueños, Gregorio Gutiérrez González.

El sabio Caldas, el más poderoso cerebro científico de la América española, llevó a Rionegro, en días de angustia, el contingente de su genialidad práctica, y allí enseñó, y allí fundió cañones.

Sé de alguien, oriundo de la vieja ciudad de Girón, que llegó joven a Rionegro en asocio de gente respetable; allí se casó, fundó casa y se convirtió en acaudalado ciudadano, uno de los factores más eficaces de trabajo, cultura y beneficencia de esa ciudad, en cuyo cabildo figura su retrato. Sé de otro, oriundo de Popayán, descendiente de Belalcázar, que vino también a Rionegro, allí se casó, y fue vínculo ca-

riñoso entre esos dos centros colombianos, de patriotismo y de actividad espiritual.

Todo rionegrero que gozaba de algunas comodidades y de alguna instrucción, desde el primer quinto del siglo XIX, emprendía viajes al exterior, cuando éstos eran tan difíciles y tan raros. De Europa traían nuevas ideas, nuevos conocimientos, maneras de vivir, métodos de trabajo y libros y muebles.

Cuatro bibliotecas particulares de considerable importancia se contaban en Rionegro: la del doctor José María Montoya, la de don Pedro Sáenz, la de don Sinforoso García y la de don Estanislao Ortiz. En muchos de esos libros, esparcidos luego en Rionegro, apagó el maestro Sanín Cano esa ansia de saber, esa sed de conocimiento, esa inextinguible curiosidad, que le asedian y le inquietan desde niño, es decir, desde hace algunos años. Quizá, dirá alguien, sin esas bibliotecas, el maestro, en vez de ser un gran señor de las letras, hubiera podido llegar a ser un magnate de la banca israelita; porque hay gentes que se imaginan de buena fe, sin duda, que son cosas casi equivalentes acumular ideas y acumular talegas.

Si yo fuera millonario... Pero es preferible abandonar las quimeras de la fantasía. Expondré más bien una aspiración que otros ciertamente pueden realizar. ¿No se hallará en todas las Antioquias, quiero decir en Antioquia propiamente dicha y en Caldas, que no es sino una Antioquia joven que pidió habilitación de edad, y en las diversas colonias antioqueñas, la requerida agrupación de las personas ricas, generosas y noblemente inspiradas, que unidas aporten los medios de fundar y mantener la gran universidad antioqueña? Para eso parece creado Rionegro, para ser el asiento de esa universidad. Todo allí lo determina, todo allí parece predestinado: situación geográfica, clima, historia, cercanía a Medellín, pero sosiego. Así las clásicas universidades inglesas de Oxford y Cambridge, cercanas a Londres, pero alejadas lo suficiente del tráfico y bullicio. Así las alemanas de Heidelberg, de Bonn, de Jena.

*

* *

Mas, antes de volver al maestro, es todavía necesario aclarar un punto de historia política relativo a Rionegro.

Esa ciudad, en la historia de Colombia, desde la guerra de la independencia, se ha distinguido siempre como definida y netamente liberal. Hubo tiempos en que no era posible, sin exageración, encontrar allí un conservador. Pero de un tiempo para acá se habla de los liberales de Rionegro, por el candoroso decir de un cura, con una intención o un significado reñido con la realidad. Se quiere decir con ello algo como liberal desteñido. Vamos al caso. Rionegro, como toda ciudad genuinamente española, de ciertas tradiciones aristocráticas, si es que en nuestra noble democracia algo de eso ha existido alguna vez, era y es una ciudad arraigada e irrevocablemente cristiana, sin que en ella, ni en cincuenta leguas a la redonda (en Antioquia no los hubo) hubiera existido nunca un convento de frailes.

Los magnates y las matronas de allí le prestaban al culto católico seria atención, exquisita solicitud. Las ceremonias y las festividades religiosas ostentaban un lujo, una pompa legendarios. En la fiesta del Corpus Christi era de ver las peñas de los altares donde venía a reposar el Santísimo, consteladas con todos los diamantes, rubíes, esmeraldas y perlas de las ricas hembras rionegreras. No había policía, y nada se perdió nunca en esa exhibición fastuosa de riqueza.

La Semana Santa de Rionegro quería asemejarse, proporciones guardadas, a la Semana Santa de Sevilla. Peregrinos de toda la provincia acudían allí en esos santos días, y gentes para ello se movilizaban desde Cartago, en el Valle del Cauca, o sean doce jornadas de entonces. Cada familia distinguida o rica de Rionegro era dueña en propiedad de uno de los pasos que figuraban en las suntuosas procesiones, y todas querían rivalizar y a toda costa sacar su paso triunfante sobre todos los otros. Jesús Nazareno, con la cruz a cuestas, era Montoya; el buen Pastor, era Mejía (de la familia del héroe y mártir Liborio Mejía); el Señor caído, era Lorenzana; la Virgen de la Soledad, era Sáenz; la Virgen de los Dolores, era García; el santo sepulcro, era Escalante, y san Juan y la Magdalena también tenían dueños. Siendo yo muy niño (para contentamiento del maestro Sanín Cano digo que talvez él no puede recordarlo), el paso de la Virgen de los Dolores se preparaba en casa de mi abuelo; las riquísimas andas se tapizaban de camelias y el monograma de María se formaba con camelias más oscuras. A la Virgen se le ponía un regio vestido de finísimo terciopelo negro de Lyon, que pidió mi abuelo a Europa y lo despachó mi padre de París en 1847, que ahora todavía se muestra intacto en Rionegro, túnica y manto profusamente bordados de oro. Antes de salir la Virgen de la casa (la misma casa en que años antes se había reunido la convención liberal de Rionegro), a los niños de la familia nos metían un instante bajo el manto de la Virgen. No sería extraño, por lo que va a verse, que debajo de ese manto protector se oyeran gritos infantiles de ¡viva el partido liberal!

Los próceres de Rionegro, a su costa, construyeron las iglesias: la mayor, la de San Francisco, la de Jesús, y las capillas de San Juan de Dios y del cementerio. Le crearon rentas especiales al culto de Nuestro Amo y fundaron capellanías. Dotaron los templos de ricos paramentos y de altares y cuadros, algunos notables, que en su mayoría han desaparecido.

En el correr del tiempo, a causa de su mucha edad, falleció un excelso cura, de apellido Restrepo, de muchas virtudes, larga experiencia y notable saber. Entonces, como cura interino fue designado un buen padrecito, celoso y activo, mas sin mayor discernimiento, y que por ello fue responsable de varios estropicios: hizo reparar, modernizándola y poniéndole pestañas postizas, la no muy perfecta pero venerable y secular imagen de la bendita patrona; le hizo poner un poco de color en las mejillas a la muy pálida Virgen de la Soledad, propiedad de la familia Sáenz; cambió algunos cuadros antiguos por oleografías frescas, y viejos santos españoles por flamantes esculturas barce-

lonesas. Más todo lo que quería lo alcanzaba, a pedir de boca, de la sociedad rionegrera que, siguiendo la tradición, ponía al alcance de su curita interino todo lo que podía desear para mejorar el culto y aumentar la devoción. Los señores se sonreían y las señoras se persignaban. Terminó la interinidad, y el curita fue trasladado a un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme; sus habitantes eran honrados vecinos, la mayor parte estancieros de las cercanías, que no bajaban a la parroquia sino los domingos y días feriados a oír la misa de precepto, a hacer su mercado y a pactar sus pequeñas transacciones. La iglesia era pobre, bastante destartada, muy poco provista, y no brillaba por su decoro y limpieza. Pero el municipio era esencialmente conservador y rendía un lote de votos homogéneo y compacto en favor de los defensores de la moral y la religión. El curita, acostumbrado a pompas y vanidades, se encontraba cariacontecido y desanimado. Un domingo subió al púlpito y pronunció la prédica que era de esperarse. Después de hacer ver la indigencia de la iglesia, el descuido del culto y la indiferencia de los feligreses, les lanzó este apóstrofe histórico, que será inmortal: “¡Y se dice que ustedes son conservadores, y ustedes se creen conservadores! Pues debo decirles: ¡para conservadores buenos, los liberales de Rionegro!” Esto es lo que a ciertos conservadores les destempla los dientes, porque no quieren aceptar que los liberales les disputen una parcela de la vida eterna. Y esto es lo que liberales de otras partes, sin antecedentes ni ejecutorias, interesadamente desearían mostrar como prueba de que los liberales de Rionegro son liberales a medias, que no merecen la confianza del partido.

Veamos ahora cómo los rionegreros saben ser liberales.

En Rionegro se reunió el “serenísimo colegio constituyente y electoral” que dictó la primera Constitución libre de Antioquia, el 21 de marzo de 1812. “La Constitución de 1812, dice el doctor José María Samper, era una de las más sabias, previsoras, liberales y mejor redactadas de aquel tiempo; menos complicada y reglamentaria que las expedidas en Cundinamarca, Tunja y Cartagena, y reveladora del espíritu práctico que siempre ha distinguido a los hijos de Antioquia.”

De Rionegro salieron armadas, municionadas y racionadas, a costa de capitalista de la ciudad, las tres columnas al mando de los comandantes José María Gutiérrez, Francisco Montoya y José María Pino, que partieron en auxilio de Popayán amenazado.

Rionegro fue el principal asiento y el sustentáculo de las decisivas medidas de don Juan del Corral, en desarrollo de su dictadura libertadora en 1813 y 1814.

En Rionegro se dictó la primera ley en las cinco repúblicas bolivarianas, de libertad de los vientres de las esclavas, es decir, la primera ley de abolición de la esclavitud, en 1814.

De Rionegro lanzó Córdoba en 1829, en nombre de la Constitución, del orden legal y de las libertades ciudadanas, la descabellada más heroica protesta armada contra la dictadura bolivariana, que habría hecho inútil y nugatorio el esfuerzo colosal de la independencia,

y un puñado de rionegreros se batió contra 900 veteranos, hasta morir con el héroe de Ayacucho.

Rionegro se puso a la cabeza del movimiento liberal antioqueño contra la dictadura de Urdaneta en 1830.

Mártires de Rionegro murieron fusilados en el escaño de Cartago en 1840.

En 1851, bajo un régimen político liberal, y siendo presidente de la república el general José Hilario López, estalló la tremenda revuelta conservadora cuyo jefe intelectual fue el doctor Mariano Ospina Rodríguez, y su caudillo fulgurante don Julio Arboleda. El esfuerzo militar más fuerte de la rebelión se hizo en Antioquia por fuerzas al comando del general Eusebio Borrero y del doctor Rafael María Giraldo, hombre notable, decidido y de fuertes pasiones. El general Tomás Herrera, jefe de las fuerzas liberales, se retiró de Abejorral a Rionegro con los restos de su columna y sin municiones. El general Borrero, con fuerzas tres veces superiores y con artillería, venía a su alcance sobre Rionegro. Este se aprestó a una desesperada defensa. En 48 horas se fundió para balas todo lo fusible; hasta candelabros de plata y juegos de té fueron a dar al crisol. Todos los jóvenes acomodados y todos los artesanos se alistaron, y en la colina del cementerio, en combate formidable, el general Borrero fue completamente derrotado. Con tal acción de armas terminó la rebelión conservadora y se salvó la legalidad.

Debo relatar un hecho muy de Rionegro. El doctor Giraldo, en una proclama, había anunciado que de esa ciudad, fortaleza liberal, no quedaría piedra sobre piedra, y había formado una lista de liberales de Rionegro condenados ya a la proscripción y al destierro. Entre los primeros nombres figuraba el de mi padre. Esa proclama y esa lista de proscripción, que bien se sabía no quedaría escrita, pues acababa el gobernador revolucionario de fusilar a Nepomuceno Díaz, vecino liberal, con sus cuatro hijos, Nabor, Nereo, Emigdio y Aureliano, de catorce a veintiún años de edad, habían exacerbado el sentimiento público de Rionegro hasta lo indecible. Recorriendo mi padre el campo de batalla, seguido de uno de sus criados, pocos momentos después de declararse la derrota, tropezó en un tremedal con un herido: era el doctor Giraldo. Acomodado en el caballo de mi padre, fue conducido por vías excusadas a nuestra casa. Todo el personal del servicio estaba fuera, en la celebración del triunfo. El doctor Rafael Campuzano, médico distinguido de la familia, fue llamado incontinenti. Entre él, mi padre y mi madre, lavaron y curaron al herido, mientras éste vertía llanto silenciosamente. Esa escena la referían mi madre y el doctor Antonio Mendoza, personaje conspicuo en esos días. El historiador Arboleda dice: "Los rionegreros, inclusive las mujeres, ayudaron a los combatientes liberales, conduciendo elementos de guerra o alimentos y agua por entre los fuegos enemigos. Los vencedores se portaron hidalgamente, y con sumo cuidado condujeron a su propio campo a los heridos conservadores."

Viene a cuento recordar que en casa de mi familia también, y con intervención del propio doctor Mendoza, había encontrado asilo

seguro el doctor Mariano Ospina Rodríguez cuando, prófugo y disfrazado, llegó a Rionegro, puesta su cabeza a precio, después de la conjuración contra el Libertador el 25 de septiembre de 1828.

Doce años más tarde, en 1863, después de la prolongada y cruenta guerra civil de tres años, fue elegido Rionegro, entre todas las poblaciones de la república, a pesar de la dificultad de las comunicaciones, y en reconocimiento de sus excelsos servicios a la causa liberal, como sede de la famosa convención que dictó la más liberal de las Constituciones del país.

Así, pues, han sabido los rionegreros ser liberales.

Con sonrisa de befa, en labios imbéciles, gentes que se llaman liberales, que jamás supieron qué cosa es ser liberal ni nunca hicieron sacrificio alguno por tan generosos principios, hablan de los liberales de Rionegro, que encarnaron un concepto civilizado de alta cultura.

Se comprende bien, por lo relatado, que la gran mayoría de los rionegreros sean liberales y católicos, como lo son, fuera de Rionegro, innumerables liberales, y como lo fueron Santander, López y Obando, Santiago Pérez, Nicolás Esguerra y David Peña, por no citar sino media docena de ejemplares del más diverso temperamento, de las más diversas facultades, pero todos del más puro y definido y consciente liberalismo. Pero Rionegro ha dado y da, como todo el resto del país, liberales de todo matiz y de toda doctrina.

Mas hay cosas que un liberal de Rionegro no haría, ni podría hacer nunca, porque la hombría y la caballerosidad de su naturaleza original se oponen a ello. Un liberal de Rionegro, caudillo de una guerra civil, no convertiría jamás una iglesia cristiana en pesebrera de sus caballerías, porque con ello creería ofender la memoria de sus antepasados. Un liberal de Rionegro, profesor de niños, cualquiera que sea su creencia, no hará befa nunca, ni ofenderá con la mente ni con el labio a la madre de Jesucristo, porque creería ofender con ello a su propia madre, que puso en ese culto toda su alma. Un liberal de Rionegro, miembro de una asamblea política, no buscaría jamás, voluntaria y gratuitamente, crear conflictos de conciencia entre sus compatriotas, porque respeta la conciencia ajena como exige que se le respete la suya. Un liberal de Rionegro, miembro del gobierno, no desconocerá nunca el hecho histórico y sociológico de que el país que gobierna tiene una enorme mayoría de cristianos católicos, y gobernará en consecuencia, pero exigiendo el absoluto respeto, por parte de las mayorías, de la libertad de conciencia de las minorías, y evitando que otros partidos políticos, para asegurar su predominio, pongan a su servicio, no la religión, que por esencia es extraña a ello, pero sí las organizaciones eclesiásticas y los ministros del culto.

Un liberal de Rionegro, por el mero hecho de serlo, será incapaz de llevar a la política, que de suyo desune y separa, el fermento del odio, las campañas de iniquidad, de calumnia, de injuria, de emboscada y de deslealtad, que descalifican y desautorizan a los hombres públicos.

Y un liberal de Rionegro tiene la convicción, arraigada e irrevocable, de que los partidos políticos son meros instrumentos al servicio de la nación integral, y que, de consiguiente, la patria está por encima de los partidos.

*
* * *

Creo que está definido, aunque de manera difícil y fatigosa, el medio físico, histórico, social y político en que nació, creció y se plasmó el espíritu libre, original y noble, del maestro Sanín Cano.

Yo no conozco su credo religioso, y en una fiel amistad de muchos años jamás se lo he preguntado; pero sí sé que es un liberal de Rionegro, en su origen y en sus consecuencias, como queda expuesto.

El vio la luz en ese Rionegro, y sólo vio y respiró virtudes en su honorable, recogido y laborioso hogar. En éste había disposición y vocación para la labor espiritual y docente. Las tías del maestro, las maestras Felicidad, Dolores y Concha, enseñaron y educaron a la mayor parte de las señoritas distinguidas de la sociedad de Rionegro. El primer duelo público que yo vi en mi primera infancia, fue a causa de la muerte de la maestra Felicidad. Tal día hubo llanto en la parte femenina joven de mi casa.

A mí me sacaron muy niño de Rionegro, y sólo volví a ver al maestro cosa de quince años después, en esta ciudad capital. A Bogotá vino precedido ya de fama, por su inteligencia y por su instrucción fuera de lo común. A pesar de su labor intelectual, de su culto por las letras, era ya un trabajador enfrentado a las realidades, puntual y metódico, lo que es una cualidad muy rionegrera; por eso jamás pudo ser arrastrado a la bohemia.

Era administrador de la empresa de tranvías urbanos, recién establecida en Bogotá. Era tranvía de sangre, y ello era causa de que la adquisición, el cuidado y el manejo de las mulas y del personal de postillones, le daba a tal administración una faz pintoresca y de sicología animal, que era muy del agrado del maestro Sanín. Esas capacidades prácticas de administración pudo Sanín Cano desplegarlas en más vasta y más elevada esfera, cuando el general Reyes lo llamó a la secretaría del ministerio de hacienda; en calidad de tal estuvo por tiempos encargado del portafolio.

Cuando la caída del presidente Reyes, cuando una exhibición triste de caracteres mostró a multitud de aprovechados inescrupulosos, de aduladores incondicionales, de lacayos y escuderos, volviéndole la espalda al caído y afectando actitudes de jueces severos y de censores altivos, Sanín Cano, que en aquella posición envidiada y propicia no se aprovechó de nada y no ganó sino molestias, escribió un libro claro, sencillo y verídico, sobre la administración Reyes, que no agregó ni quitó nada a su reputación de hombre de letras, pero que sí lo mostró como un hombre de probidad, de lealtad y de valor civil.

Cuando era simple administrador del tranvía, al levantar trabajo se ponía a leer libros y revistas, que incesante y abundantemente le llegaban por todos los correos; a comentar obras, juzgar hombres, criticar escuelas y difundir ideas, con los amigos que íbamos a visitarle en las horas de reposo, a la casa de las Cristanchos, donde vivía, santas señoras que llegaron a quererlo como hijo de todas. Yo lo encontraba entonces algo tolstoiano. Entonces escribía frecuentemente en *El Telegrama* de Jerónimo Argáez, y en *El Relator* de Diego Mendoza y Raúl Pérez, y publicó en folleto una crítica contra la poesía de Rafael Núñez, firmada *Brake*, obra de principiante, acerba y dura.

A pesar de nuestros vínculos rionegreros, yo lo vi poco en los primeros tiempos. Mas luego nos unió nuestra común y viva amistad con José Asunción Silva. Hasta entonces yo marchaba por sendas muy distintas; mis lecturas eran casi exclusivas sobre las materias que había tratado de estudiar: ciencias naturales y ciencias políticas. Silva y Sanín me hicieron leer a Renán, a Taine, a Guyau, el *Diario de Amiel* (de que se habla hoy tanto, al cabo de cuarenta y cinco años), *Los contemporáneos* de Lemaître, *La vida literaria* de Anatole France, y cuando salía de nuevo y nos traía el siempre recordado Jorge Roa.

El maestro Sanín Cano nos llevaba la contraria siempre, y nos mantenía en expectativa y anhelantes. Lo explicaré: si leíamos a lord Macaulay, que fue una revelación en su tiempo (¡con qué delicia y con qué provecho lo he vuelto a leer en mi vejez!), Sanín se ponía a desacreditarlo como crítico, hasta que llegaba a decirnos que sólo los porteros leían a Macaulay. La única crítica legible en esa hora eran los *Ensayos de sicología contemporánea* de Paul Bourget. Cuando habíamos devorado aquéllos y ya nos veía enfrascados en los *Estudios ingleses* o en *Los pasteles*, del mismo autor, resultaba que sólo la crítica del danés Jorge Brandes podía pararnos en el estómago. Y con el mismo juego, tras de Brandes venía el ruso Dostoiewski, y tras de Dostoiewski venía el alemán Nietzsche, agujero hondo del cual era difícil sacar la bola; pero al fin la sacaba y nos la lanzaba al italiano D'Annunzio.

¿Era juego maligno, como lo creía Plata Uribe? ¿Era una especie de *snobismo*, como lo decía el maligno Oso Rivas? Ni una ni otra cosa: era el propósito de mantener despierto y alerta el espíritu de sus amigos para una labor socrática, incesante, de alumbramiento de ideas.

Pero sea una u otra cosa, lo cierto es que a otros menores que nosotros los mantenía en la situación de un can a quien se le prolonga el hocico con un palo y en el extremo de éste se acondiciona una presa de carne. El animal corre y corre por alcanzar la presa que jamás logra sentir entre sus fauces.

Para entonces se mató Silva. Hay cosas del carácter colombiano que desconciertan: tan valeroso, tan generoso, tan hospitalario, tan comprensivo, en la mayoría de los casos; pero ¡qué muestras odiosas

da de cuando en cuando! Un periódico de Bogotá, mas no se crea que una de esas hojas anónimas y viles, dio la noticia así: "Suceso. Anoche, en su cama, puso fin a sus días el joven José A. Silva. Parece que hacía versos." Yo escribí cualquier cosa que mis amigos recuerdan, y Sanín me escribió una esquila que guardo siempre como oro en paño, que jamás publiqué ni mostré a nadie. No sería capaz de leerla aquí.

Entonces Sanín buscaba todavía su estilo; no siempre se le podía seguir con facilidad. El pensamiento dominaba y estrujaba la forma: "Maravilloso el artículo de Sanín, decía el Oso Rivas, maravilloso por la paradoja y por el *humour*; pero se masca cascajo."

Juzgando escritos de entonces fue como Guillermo Camacho pudo decir: "El estilo impotable de Sanín Cano."

Yo explico: hay escritores que no son fáciles de leer, y que son máximos en el pensamiento. Ese pensamiento no puede acomodarse a las formas flúidas que la trivialidad ha hecho comunes. Si Macaulay es clarísimo y fluye sin tropiezo, Carlyle es duro y trabajoso. Muchas veces el pensamiento de Sanín rompe la copa, como el mercurio metálico al ser vaciado en sutil cristal de Baccarat.

La cantidad de experiencias humanas, de horizontes intelectuales, de figuras de hombres, de aspectos, sentimientos e ideas que se han ido depositando como capas geológicas en el alma receptiva del maestro Sanín Cano, es apenas concebible.

Una vez, en 1926, nos encontramos en Buenos Aires, nos juntamos durante dos semanas. Comíamos juntos, nos paseábamos juntos, nos divertíamos juntos. Se anunció una conferencia que debía dictar él en una agrupación judía. Yo llegué un poco tarde, cuando el maestro había comenzado su exposición; llegué acompañado de un su amigo del servicio editorial de *La Nación*. Quedamos mal colocados, lejos y en mala compañía. El local era muy extenso, la concurrencia numerosa y muy variada. Había gente distinguida y elegante, banqueros y profesores, hombres de letras, pequeños comerciantes y gente inclasificable. Nunca había visto tal acumulación de judíos, a no ser en la feria judaica de White Chapel, en Londres, por los cuales no tengo yo la menor repugnancia: son para mí un enigma histórico de infinito interés. A nuestro lado teníamos un viejo sórdido, horroroso de faz y de vestimenta, el judío clásico de las novelas románticas; hablaba con un digno congénere en lengua desconocida, y no nos permitía oír al conferenciante. Yo pensaba: ¿qué estamos haciendo en esta ciudad remota y populosa, en este recinto, rodeado de israelitas exóticos, estos dos rionegreros, el que habla y el que trata de escuchar? La charla, en su jerga cada vez más desagradable, la proseguía mi vecino incómodo. Yo, por hacer reír a mi compañero, el amigo de Sanín, creyendo que no sería comprendido por el judío, le dije a éste en español: "Usted, sin duda, fue uno de los judíos que ayudaron a crucificar a Jesucristo." En mal español, pero muy comprensible, respondióme: "No estuve allá; pero si hubiera estado, lo habría hecho con infinito gusto para vengarnos." Repliquéle: "No tiene usted por qué sentirlo, porque cada día nosotros los cristianos

crucificamos a Jesús con nuestra ignorancia, con nuestra vanidad, con nuestra soberbia, con nuestro amor por las riquezas y la carne. En cada cristiano como yo tiene usted un vengador diario muy a mi pesar.”

*

* *

Cuando principié este discurso monstruoso, me proponía hablar del maestro Sanín Cano en su condición de crítico y ensayista. Pero como yo no sé gobernar mi lengua, hice todo menos eso. Mas caigo en la cuenta de que no sería yo quien lo supiera y lo pudiera hacer. Que lo hagan de modo definitivo, aunque ya algunos han comenzado a hacerlo en forma admirable, Guillermo Valencia o Gómez Restrepo, Luis Eduardo Nieto Caballero o Fernando de la Vega, Manuel Antonio Bonilla o Gonzalo París.

En todo escritor busco primero al hombre, porque es ahí donde se encuentra la clave del problema. Definido el hombre, todo viene por añadidura. Quede para otros lo que falta. Ya he dado elementos que sólo un rionegrero puede dar, y doy por terminado este mi cansado empeño, que comencé gratamente regocijado y finalizó hondamente triste. No impunemente he resucitado en mí mismo lo que parecía muerto.